

Pere Gimferrer

o creo que sea este el momento ni de evocar el trato personal con Baltasar Porcel, a quien vi dos veces en cuatro días muy poco antes de su agravamiento y muerte, ni tampoco de situarle genéricamente en la literatura catalana. Lo primero sólo a mí me concierne, y de lo segundo se encargará la ardua sentencia de la posteridad, según una célebre cita italiana: “ai posteri l’ardua sentenza”. Sí me corresponde decir que al recordar al hombre a quien traté y al escritor a quien leí son dos imágenes, la inicial y la final, las que con más elocuencia aparecen en mi memoria. La imagen inicial es la del autor de *Solnegre* (libro cuya edi-

De Andratx al crepúsculo

ción en la colección Antologia Catalana dirigida por Joaquim Molas prologué), la del autor de *La lluna i el ‘Cala Llamp’* –primera obra suya que reseñé, en la revista *El Cervo*–, la del autor de *Els escorpins* y luego de *Els argonautes*, y, a modo de culminación de esta etapa, de *Cavalls cap a la fosca*. Estas obras constituyen un ciclo perfectamente delimitado que se cumple en sí mismo y que dibuja con un lenguaje de enérgico colorido y épica autenticidad el retablo a la vez microcósmico y gigantesco o agigantado de una mitología marítima; en cierto modo, este ciclo incluiría tam-

bién *Crònica d’atabalades navegacions* y *Difunts sota els ametllers en flor*. En rigor debería también hacerse mención del teatro, menos recordado hoy y la renuncia a cuya escritura nos diría mucho, si la estudiáramos con atención, acerca del joven Porcel y de la sociedad catalana de su época.

A este periodo inicial, los años 60 y 70, sigue luego una dilatada y muy bifurcada etapa en la que fue menor mi trato personal con el autor y no seguí cada libro suyo indefectiblemente, aunque no dejara de verle en unas ocasiones y de leerle en otras. En cambio, la si-

guiente imagen que se impone en mi ánimo es muy reciente, de hace pocos meses: el hombre, súbitamente inseguro y abatido alguna vez pero combativo y animoso siempre, que escribió *Cada castell i totes les ombres*, obra vetada y hasta interrumpida en parte por su enfermedad y de ejecución desigual, que ha dado lugar a las más contrapuestas valoraciones, y en la que yo encuentro, en forma conmovedora, la verdad final e íntima de aquel joven que empezó en Andratx y esa mezcla de sarcasmo, ironía, escepticismo, desencanto, agresividad y ternura que proba-

blemente dicen tanto de su ser como el retrato que de él trazó Llorenç Villalonga en *L’àngel rebel*.

Así, la imagen inicial y la final cierran el ciclo, y con ello no pretendo desconocer que entre tanto surgieron títulos como *L’emperador o l’ull del vent*; pero el perfil del joven escritor, a medio camino primero entre la narrativa poemática fundacional de un mito y el del escritor ya en su crepúsculo que se expresa como un aeda envejecido o quizá un Rastignac desengañado, se complementan y, en gran parte porque ello no responde a un plan previo sino al curso de la vida, dan la más cabal valoración que hoy puedo hacer de Porcel.

El perfil del joven escritor y el del que se expresa como un vate envejecido se complementan.●